

**José
Lezama Lima** | **Temporada
en el ingenio**



Fotografias de Chinolope



Todo trabajo de transformaciones debe ser llevado a las profundidades, a un genésico espacio oscuro, como apenas entreabierta la concha asoma la aleta pectoral del delfín, con su reto en búsqueda del uno primordial.

Si todo fuese oscurecido por un sueño infinitamente extenso, las incesantes transformaciones de la caña necesitarían de ese sumergimiento en las profundidades de la caparazón de la tortuga avivado por el pincho quemante. Esas metamorfosis de una vertical genética a un polvillo dilatado en las irradiaciones del paladar, es decir, de un *phyton* a un corpúsculo, atraviesan el sucesivo mundo placentario, las sombras que se desprenden, el espacio oscuro que penetra en punta de espejo, y llegan a las cavernas del centro de la tierra, después de ofrecer las libaciones de la sangre réproba o maldita. A pocos les está concedido dar un paso en esas minas secretas, donde las transformaciones se cumplen en el sueño originario de las cavernas, donde un Polifemo probó por primera vez el vino y quiso destruir al hombre.

Pero el hombre que penetra en una mina siente el terror secreto, el tiempo que estará en las profundidades metamorfoicas y secuestrado a la luz reinante. Una humedad que se esboza es un signo indescifrable, las nuevas pausas de la respiración son un aviso, un polvillo que comienza a rodar preludia la avalancha de la caballería que nos viene a llevar.

La lámpara, paradojal enemiga de las profundidades, comienza a valsar contra el muro, un ratón sale de la boca del diablo y el cortinón de las pesadillas comienza calmosamente a plegarse.

Las transformaciones asumidas por el genio de las profundidades, aparecen paradojalmente en el ingenio fijado sobre la superficie y el *cantabile* de la llegada de la luz. Ese acarreo secreto, ese prolongado *descendit*, ese trabajo de filtraciones que necesita las galerías más soterradas, los instala el ingenio como uno de sus prodigios en la evidencia y en la luz palpatoria. La sabiduría de esos moradores en

las galerías de la luz, no tiene que descender sino penetrar en una causalidad vigilada de cerca por el hombre. Hierve, resbala se fija en inverosímiles corpúsculos de platino, dilatando la onda temporal en el paladar que se vuelca sobre la otra oscuridad del horno asimilativo del hombre. Un timbre y el sudor se apacigua, resuella la melaza y la sabiduría organiza un lenguaje donde se vence al *fatum* por un inmenso júbilo sosegado. Ese hombre trabaja en la luz, sus galerías secretas están en la evidencia, sus profundidades son visibles, transcurren y conversan. Algo inmutable los protege, están cerca del fuego de cocción, ven pelear incesantemente la piedra y el fuego, el recipiente y el espíritu errante, como el trabajo que ofrecen es el de una mina en la visibilidad, su rendimiento es supratemporal viven la inmovible secularidad de la imagen operando en el tiempo. Es más un periodo geológico que una industria, una medida relacionable entre el vegetal, el hombre y el fuego, una proporción de visibilidad en relación con una etapa solar.

En algunos grabados del siglo pasado, aparecen en el ingenio, en el barracón de las primeras calderas con la melaza espumante, sillones y hamacas para el sueño y la conversación. La cotidianidad volvía a instalarse en la secularidad, en un juego de posibilidades del que sólo los cubanos conocemos el secreto. El más sabio de los genios habitaba la casa del ingenio. Las máquinas respondían como al toque de una virtuosidad, un ejercicio diario le regalaba infinitas destrezas posibles. Al lado de la máquina un artesano incomparable que une el sosiego a la sabiduría, vigila la dirección apropiada o el salto del líquido, el cansancio de un tornillo o un diente que tiembla en la cremallera, cuidando de apuntalar el instante que desfallece o ha sido mal interpretado. Vigila cada instante para seguirlo o para continuarlo, pues todo el contrapunto del ingenio está a la altura de su *visibilidad*. Una pausa que no se interpreta puede ser el triunfo momentáneo de la muerte. El silencio que toca un timbre, marcha en torno



de las canciones que impulsan a los bueyes, ambos participan. Allí la electricidad y el buey vuelven de nuevo a ser divinizados. La más poderosa energía y la paciencia más poderosa coinciden en la búsqueda de ese corpúsculo que entraña el uno primordial.

El juglar deambula desde la plaza o la casa de las transformaciones sutiles. Lleva un largo cayado del que pende un ojo de buey. Ese ojo tiene como la temperatura de la permanencia de las situaciones, es también un amuleto para el azar concurrente y un ojo que penetra como una gota y devuelve como un espejo universal. Suma de paradojas, es un juglar chino-japonés, que exhuma sin abrumarnos el patronímico Lope. Su cámara, como un fulgurante ojo de buey capta que las máquinas están entre las manos que soplan y la tierra que devuelve. Una penetración de las manos en el crecimiento lentísimo. La reminiscencia ha palpado y corrido sus figuras hacia delante, donde la luz no irrumpe desemejante o fraccionada, sino que reclama las más perentorias exigencias de la ciudad, porosidad, vasos comunicantes, conversaciones. Una vigilancia, yo diría mejor una cortesía, se establece entre las máquinas y el hombre que espera con una sabia actividad fabulosa. La cámara se va aposentando desde la poderosa dimensión de las máquinas hasta la pequeñez del corpúsculo irisado, lo enorme aquí tiene que ser conjugado con una inverosímil pequeñez. El Chinolope no se ha descolgado por la ventana de la inaudita casa del desierto, por el contrario ha llegado a la ciudad donde la suma de los ecos se interpreta, donde el diálogo rinde secretos, donde el polen y la médula de la palma se reducen a un cristal de azúcar, pero lo asombroso es que las máquinas y el hombre pueden reproducir el mismo corpúsculo mágico. Y, oh, sorpresa de las sorpresas, en el desfile de estas proposiciones, cuidadosa continuidad de nuestros grabadores, donde se mezclan el ejercicio secreto y la fiesta visible, vemos al juglar Chinolope con su cámara, su ojo de buey, que da un vuelco completo y lo fija entonando un grave en el coro de los disciplinantes.









